

“... la protesta, más que de la carencia material, brota del trato indigno, de la autoridad injusta”

Entrevista a Mauricio Archila

Por: *Leopoldo Prieto Páez*¹

Introducción

Durante el año 2013, un paro agrario conmocionó a la opinión pública colombiana, el entusiasmo de los manifestantes: la rigurosa respuesta de las fuerzas del orden estatal, la participación de distintas regiones afectadas por las medidas macroeconómicas gubernamentales, el uso de nuevas tecnologías de comunicación, los bloqueos y los consabidos enfrentamientos en campos y en ciudades, acapararon la atención de propios y extraños durante varias semanas. Los manifestantes además contaron con la simpatía de amplios grupos de personas quienes rechazaban las declaraciones del Presidente en las cadenas nacionales de televisión desconociendo la existencia del paro. La sensación de una protesta exitosa se volvió a presentir, tal como había ocurrido algunos

meses antes, cuando estudiantes universitarios habían logrado detener la aprobación de un proyecto de reforma a Ley 30 de Educación Superior, a través de movilizaciones que convocaron no sólo a los estudiantes de universidades públicas sino también de universidades privadas.

Pero las protestas masivas eran también un tema de especial atención en escenarios internacionales; protestas ciudadanas en Brasil, estudiantiles en Chile, de movimientos autodenominados “indignados” como el *15M* en España y *Occupy Wall Street* en Estados Unidos. Si bien, las manifestaciones, paros y huelgas no eran un tema desconocido y su éxito aún está por evaluar, es claro que la manera en que fueron realizadas proyectaron el fenómeno de tal manera que fue imposible considerarlo como una protesta más.



En entrevista para la revista Ciudad Paz-Ando, Mauricio Archila, investigador del Centro de Investigación y Educación Popular (Cinep), Doctor en Historia, profesor de la Universidad Nacional de Colombia y experto en el estudio de los movimientos sociales ofrece algunas consideraciones sobre este fenómeno, resaltando cambios y permanencias de estas dinámicas sociales.

Leopoldo Prieto (LP): Quisiera comenzar por el último punto que usted trata en su libro, las razones por las cuales la gente protesta. Para ponerlo en términos muy simples, usted menciona que la gente protesta porque las invade un profundo sentimiento de ser víctimas de injusticias ¿Esas razones y esos sentimientos han sido los mismos a través de los últimos cincuenta años o han cambiado? En caso de haber cambiado, ¿cuáles han sido esos cambios?

Mauricio Archila (MA): Muy buena pregunta. Una respuesta coherente y consistente con mi perspectiva histórica es que, por supuesto, sí deben cambiar. Pero ¿cómo y por qué las condiciones van cambiando? El sentimiento de indignación puede ser una constante, pero las razones específicas que motivan ese sentimiento, es decir, el tipo de injusticia, de explotación, etc., puede ir cambiando. Cierta literatura ha indicado, y yo mismo lo he dicho, que es algo relacional, no suprahistórico, y siempre se construye en unas coordenadas espacio-temporales concretas. Las condiciones de injusticia, explotación, subordinación, no son exactamente las mismas desde las cavernas hasta hoy, es decir, las cosas han cambiado desde las sociedades primitivas hasta el contemporá-

neo capitalismo neoliberal. Incluso dentro del mismo capitalismo habría énfasis en cosas distintas. Este último, por ejemplo, en algún momento convive con la esclavitud, regula formas de servidumbre. Hoy de pronto habrá por ahí esclavitud en niños y mujeres, y seguramente habrá formas de servidumbre, pero ya no es lo dominante.

La respuesta es sí, esos fenómenos han ido cambiando. Ha cambiado mucho la percepción, lo que podríamos llamar la toma de conciencia de los colectivos y los movimientos sociales. Por ejemplo, hace unos 20 años lo ambiental era una cuestión muy nimia. En el libro afirmo que no hay un movimiento ambiental y me apoyo incluso en gente que ha trabajado en ese tema para poder afirmar que es algo nuevo hoy. La cuestión ambiental o el LGBTI, que hace veinte o treinta años eran temas de preocupación de una absoluta minoría, hoy son preocupaciones de la agenda pública absolutamente relevantes.

Otro tema interesante es el que llamaría la cuestión minero-energética. Allí hay una inflexión, a mi juicio, interesante, y es que las luchas y los movimientos sociales vuelven sobre cuestiones materiales. Yo no sé si eso sea bueno o malo, pero sí sé que se percibe una transformación importante. Si me hubiera entrevistado hace unos cinco o seis años le hubiera hecho referencia a aspectos relacionados con el conflicto armado, el aspecto étnico, le hubiera hablado de políticas culturales, de diversidad y seguramente le hubiera dicho que lo material está muy relegado. Curiosamente en estos dos años, el auge minero-energético, la cuestión ambiental e incluso laboral, las huelgas del carbón y demás, demuestran que los problemas de una cultura material, y por ahí mismo de la clase obrera, no han desaparecido.





© Merly Guanumen P.

(L.P.): Las razones y los mismos movimientos van cambiando y se van reconfigurando de acuerdo al escenario, pero seguramente hay algunos elementos culturales que se mantienen. No sé si esté equivocado, pero pareciera que en el constructo social, político y económico se mantienen ciertos elementos que fomentaron la lucha y la agitación social durante muchos años, sobre todo en los 60 y los 70, y que se han mantenido durante las décadas subsiguientes. ¿Qué opinión tiene usted de eso?

(M.A.): Es una percepción acertada y está tocando un debate muy de fondo. Yo diría que hay dos aspectos que pueden resaltarse. Por un lado, mientras haya desigualdades habrá alguna continuidad, y esa continuidad es importante porque de alguna manera se puede invocar un proceso de acumulación de luchas. Puede ser un error caer en el devenir absoluto donde todo va cambiando y se entiende el conflicto como algo que nace día a día; de alguna manera lo que puede ser toda la continuidad de la lucha, o lo que los autores llaman los repertorios de lucha, se

alterarían. Es por eso que uno puede invocar solidaridad con los obreros del siglo XIX, con el Socialismo, con el Anarquismo, con Marx, o incluso, yendo más atrás, con la revuelta de los Comuneros, las luchas campesinas del siglo XV, los movimientos estudiantiles en las universidades europeas en la edad media. Mientras haya explotación, habrá algunos elementos comunes.

Pero por otro lado, la manera en que esa explotación y formas de dominación se van manifestando y cómo se van percibiendo sí va cambiando mucho. Yo creo que una de las constantes es que los seres humanos no somos, en principio, seres resignados y pasivos. Hay condiciones que obligan a sopesar las situaciones. Por ejemplo, si hay una dictadura brutal y usted sale a la calle a protestar, pues lo matan. Si está en un pueblo controlado por *paracos* y va a protestar contra la minería, pues arriesga la vida. Pero en contextos más civilizados o democráticos, la gente puede protestar, pero no lo hace por molestar, sino porque no está dispuesta a aguantar más allá de un cierto límite. En todo caso, es preciso señalar que hay ciertas circunstancias que son dinámicas y que merecen ser tenidas en cuenta.



(L.P.): A propósito de eso, en los últimos dos años en el país ha habido como una suerte de gran agitación social. Se ve una cierta convulsión que no se sentía hace algún tiempo. No sé si es una percepción errada pero pareciera que distintos sectores con perspectivas muy disimiles entre ellos se unen en un movimiento que va adquiriendo connotaciones nacionales y que de alguna manera hacen tambalear la estabilidad. ¿Cuál puede ser la razón para que esa serie de intereses que, en principio, podrían no estar muy relacionados entre sí terminen lanzando una ola de protestas como lo vimos en el Catatumbo, la de los movimientos agrarios, incluso también la de los estudiantes?

(M.A.): Bien, vale la pena hacer una aclaración. Es cierto que hay una percepción de que ha aumentado la protesta, pero de acuerdo al seguimiento que hacemos en el CINEP a través de la base de datos de luchas sociales se puede corroborar que desde 1975, cuando iniciamos el registro, el año de más protestas en Colombia era 2007, cuando se registraron poco más de mil. En el año 2012, llegaron a casi ochocientas y es posible que 2013 supere las mil. En esa base de datos se considera la cobertura, pues no es lo mismo un paro cívico en un barrio a un paro regional. Esto para aclarar que a veces la percepción puede ser errónea. En todo caso, creo que lo novedoso del 2013, o incluso desde el 2012, es que en términos de cobertura el alcance se ha ampliado. Un caso típico fue el paro cafetero que cubrió varios departamentos y muy amplias zonas del territorio nacional.

Otro aspecto es la radicalidad, y no me refiero con esto a algo negativo, es decir, no me refiero a la “infiltración”, que seguramente la ahí -pero la gente no es estúpida de dejarse

llevar irreflexivamente por lo que otros dicen sino a que, por ejemplo en el Catatumbo, la movilización demostró una cohesión, un compromiso que a mi modo de ver es muy importante y digno de resaltar.

El otro elemento son los paros de “Dignidades”: papera, cebollera, cafetera, etcetera, que permiten cuestionarnos sobre el papel del campesinado y constatar que no ha desaparecido como nosotros, en algún momento, llegamos a pensar, pues en las cifras de las luchas veíamos que, proporcionalmente, el campesinado como movimiento estaba disminuyendo, seguramente por condiciones laborales, de crisis económica, pero también por la violencia. Es posible que haya oportunidades políticas que se brindan con este gobierno que de pronto no estaban planteadas en administraciones anteriores y que hacen que la gente aproveche esas coyunturas políticas. Me refiero, por ejemplo, a cierto reformismo o algunos pequeños aspectos progresistas que se insinúan en el gobierno de Santos. Hay que reconocer que la Ley de Víctimas, la de restitución de tierras, y algunos intentos de reformas, retirar la reforma de la Ley 30 (sobre educación superior) o ciertos intentos de concertación, pudieron crear un nuevo escenario en el cual se desarrolla la protesta.

Lo otro es que hay también una gran oportunidad con los diálogos de La Habana. Con esto no estoy diciendo que los campesinos comenzaron a protestar desde que en La Habana comenzaron a hablar del tema. Incluso ya los cafeteros habían hecho paro, al igual que los cebolleros, aunque no estuvieron tan conectados. Lo que ocurre es que con el telón de fondo de La Habana los problemas se vuelven más visibles y, de alguna manera, los campesinos aprovechan para hacerse escuchar de forma más fuerte. Aunque es probable que muchos sientan que allá se está solu-



cionado el problema armado, el de la violencia pero puede que la sociedad no se sienta representada ni por el gobierno ni por las FARC.

Lo que sí debe aclararse es que Santos está queriendo hacer lo imposible: la cuadratura del círculo, lograr la paz tratando de satisfacer, entre comillas, a muchos sectores empresariales manteniendo el modelo económico actual. Si hay algo que unifica los movimientos sociales, como lo muestran las recientes protestas de uno u otro lado, es el modelo económico y el rechazo a los TLC, ahí sí que convergen todos los actores. Ni en La Habana ni en las negociaciones de acá con los campesinos se quiere tocar el modelo económico, y ese modelo económico influye determinantemente en la proliferación de las injusticias contra las que se protesta.

(L.P.): Una pregunta sobre lo que usted nos mencionaba acerca la base de datos y el registro que habían hecho desde el 2007. Se registra una cantidad de protestas y de manifestaciones sociales de rechazo frente a un cierto tipo de políticas pero ¿ustedes cómo han hecho para determinar el éxito o el logro de ciertos objetivos en estas protestas? ¿Es el solo hecho de convocar a la calle es un éxito en sí mismo?

(M.A.): No necesariamente. Es muy difícil medir el éxito en lo inmediato porque muchas veces se logran cosas pero con el tiempo se evidencia que no fue tan así. En la base de datos de CINEP tenemos una variable que intenta medir resultados, allí se manejan categorías muy simples como negociación o represión. Sin embargo, eso no da mucho porque el gobierno comienza a negociar pero incumple, y meses o años después uno se encuentra con el mismo movimiento y, a veces, más radicalizado. No obstante, es posible tener una

idea de éxito o no a través de las fuentes que nosotros consultamos que son, básicamente, prensa, noticieros, fuentes primarias, etc. A veces, cuando logramos hacer entrevistas a algunos dirigentes de esos movimientos, la información es mucho más rica pero eso es más difícil y más costoso en todo sentido. Para mirar si funciona o no una lucha tocaría casi que hacer otra investigación. Si me preguntan si los movimientos campesinos realmente lograron impactar la reforma agraria, yo creería que muy poco. En el caso de los indígenas, ellos reconocen que han logrado avances en términos de la recuperación de la madre tierra, pero todavía faltan muchas cosas. Se podría decir que la MANE logró mucho, pues consiguió derrotar el proyecto de reforma de la Ley 30, pero ahora prácticamente lo que hay es un diálogo de sordos con el gobierno, pues como que ya no está interesado y está “sacándole el bulto” al tema.

Evaluar el impacto de los movimientos sociales en el mediano y largo plazo es más difícil y no siempre se cuenta con información muy precisa, sobre todo cuando los conflictos son muy puntuales. Hay mucho conflicto que surge por la indignación a partir del asesinato de un líder o algo así, y lo que uno ve en ese caso particular es que no hay resultado. Ese es un aspecto muy complejo de analizar en relación con los movimientos sociales.

(L.P.): Hay una situación y es que de alguna manera los diferentes movimientos, o las “dignidades”, han encontrado una suerte de elemento que los une alrededor de cierto rechazo al modelo económico. Pero al tiempo, paradójicamente cada uno busca o siente que su representación es más o menos particular de acuerdo con lo que cada uno de esos movimientos siente. A propósito de la investigación que usted ha



hecho, ¿esos elementos de unión inicial, que se pueden ver muy débiles en un principio, pueden convertirse en la piedra angular, la piedra en la que se construye un gran movimiento campesino hacia el futuro? ¿O es más bien el calor de la coyuntura la que propicia esas unificaciones y a medida que cada uno va consiguiendo sus propios objetivos comienza a debilitarse el movimiento?

(M.A): No hay fórmula mágica. Con frecuencia hay muchas diferencias en cada caso. Por ejemplo, ha habido formas de articulación, organizaciones unitarias, como la ANUC de los setenta que se fue fragmentando por la diversidad del campesinado y por la rapiña de la izquierda. En otros casos, la unidad se va dando desde la base, pero eso no surge mecánicamente ni hay una receta específica. En el caso colombiano, yo creo que hay una cultura muy individualista desde hace mucho tiempo. Algunos lo atribuyen a la economía cafetera, dicen que ella generó unos valores liberales e individuales. Yo no sé qué tan cierto sea eso pero, de hecho, sí hay una tendencia fuerte hacia la fragmentación, que es común en todos los movimientos sociales del mundo. No es que Colombia sea patológicamente fragmentada, lo que pasa es que en otros países no existen esas dosis de violencia política tan fuertes como las hay en nuestro país y, de alguna manera, en otros países hay tradiciones de solidaridad y de lucha mucho más fuertes. Es el caso de Bolivia, y en alguna medida Ecuador, aunque Correa ha ido desmontando esa unidad. No puede olvidarse que en Ecuador los indígenas tumbaron tres presidentes. Los contextos influyen mucho en ello.

Esas solidaridades o uniones a veces son sorprendentes, como la movilización en el paro agrario del campesinado del altiplano



© Merly Guanumen P.

cundiboyacence, porque era un campesinado relativamente acomodado. Cuando uno hablaba de la situación de los campesinos había que hacer una distinción: una cosa es la Sabana de Bogotá, el altiplano y las zonas de Nariño, etc., y otra cosa son los campesinos, digamos los colonos, de las vertientes de los ríos, del pie de monte llanero, del Amazonas y zonas de colonización. En los años 70's y 80's, los grupos de izquierda decían, "al campesinado cundiboyacence mejor dejémoslo quietico, ellos son muy godos", muy conservadores, política y hasta económicamente. Sin embargo, el modelo económico los está afectando y esto los lleva a una situación que, para mí, fue sorprendente. Hubo un fin de semana en que mucha gente no salió de la ciudad porque había manifestaciones en Zipaquirá, Facatativá y bloqueos de vías en Siberia, etc. Eso se veía por allá en la ciudad de La Paz (Bolivia), pero en Bogotá realmente



nunca había visto que “sitiaran” la ciudad. Ni en las épocas de la ANUC ni en épocas de las acciones de las FARC cerca de la capital.

(L.P.): Desde un punto de vista político, ¿podría afirmarse que la izquierda democrática ha canalizado esa insatisfacción que se han dado en los últimos años? ¿Qué papel han tenido? ¿Se han sintonizado los partidos de izquierda con las necesidades reales y las reivindicaciones que expresan los movimientos sociales?

(M.A.): Ha habido cambios positivos y otros que no lo son tanto. Me explico, en la segunda mitad del siglo XX, en el marco del socialismo revolucionario hubo, sin duda, un afán de vincularse con la gente, con el pueblo. Era evidente en los grupos Maoístas, en el Partido Comunista, en los Trotskistas. De igual manera, se integró la Teología de la Liberación: comunidades eclesiales de base, curitas insertos en la realidad con mucha iniciativa y capacidad de hacer educación popular. Mucha gente, e incluso dirigentes actuales, políticos y sociales, fueron formados por esa izquierda.

Pero había un afán de vanguardismo impresionante. Como se decía en ese momento, “se prefería ser cabeza de ratón que cola de león”; es decir, había un anhelo de poder que muchas veces llevó al “canibalismo” político, lo que afectó a muchos sectores sociales, quienes estaban sorprendidos con esto, pues los dirigentes sociales no entendían esa rapiña que presenciaban entre los grupos y activistas de izquierda.

De cualquier modo, la crisis del socialismo real, la crisis de las izquierdas ha llevado a un replanteamiento sano en el sentido que ya no hay vocaciones de sacrificio, de redentores. Creo que en la izquierda hemos aprendido a

ser más respetuosos con los procesos populares, a entender que los movimientos sociales tienen su autonomía e incluso nos dan lecciones. En muchas partes de América Latina y en Colombia, son los movimientos sociales los que están a la vanguardia, al frente de las cosas, mostrando caminos. Es el caso de los indígenas en Bolivia, que a Evo Morales mismo lo han llevado contra las cuerdas, o en el Ecuador de Correa. En nuestro caso se ve que las mingas indígenas, incluso estas convergencias como el Congreso de los Pueblos, la Marcha Patriótica, el mismo paro del Catatumbo, van mostrando que hay un fermento renovador. Antes era más una especie de imposición ilustrada, la izquierda era muy mesiánica, como lo fueron los liberales del siglo XIX; aunque cambiaban un poco los contenidos, la mentalidad era casi la misma. Afortunadamente, esa actitud mesiánica y de imposición se ha ido superando.

En los paros recientes sí se nota que hay gente que ha tenido alguna vinculación con sectores campesinos y que eso tiene su importancia. Me refiero, por ejemplo, al senador Robledo. No sé si él haya estado trabajando hombro a hombro con los cafeteros de la zona del Viejo Caldas, pero allá tiene mucho prestigio, y seguramente gente cercana a él, o incluso él mismo, tenía esa vinculación. Creo que eso es bueno. En algún momento, Santos trató de condenar la protesta diciendo que los paros eran manipulados por políticos. Ojalá hubiera políticos que sirvieran para mediar, para que las protestas no se radicalizaran de esta forma. Seguramente sí habrá intereses politiqueros, pero yo no creo que Robledo esté apoyando las marchas o los paros de Dignidad Cafetera simplemente por unos voticos más. Los va a tener independientemente de eso.



(L.P.): Los sindicatos también son reconocidos por manifestar su inconformismo. No sé si, por ejemplo, en estas últimas manifestaciones las organizaciones parecieran ser mucho más espontáneas que organizadas. ¿Cuál es el papel de los sindicatos hoy en día en comparación con lo que fue su papel en esos movimientos de protesta social hace 30 o 40 años?

(M.A.): Por un lado, se debe reconocer que hoy hay una nueva tendencia, una nueva dinámica en las organizaciones sociales. En el mundo, en América Latina y en Colombia las relaciones son más horizontales, tal vez más federativas y, en ese sentido, menos autoritarias. El centralismo democrático de los sindicatos de primer, segundo y tercer grado, los comités ejecutivos o las confederaciones hoy ya están cuestionados porque hay nuevas formas de organización y representación. Ahora son redes, sin ninguna vocería o vocería que se va rotando, como por ejemplo las estudiantiles. Ello cuestiona el modelo tradicional —o moderno como le dicen algunos— que estaba muy enfocado o inspirado en los sindicatos, y por supuesto, ha afectado a los sindicatos mismos.

En Colombia, la tasa de sindicalización ya está en el 3.5%. Una de las tasas de sindicalización más bajas del mundo y ciertamente la más baja de América Latina. Argentina tiene 25%, Venezuela creo que un poco más, Colombia tiene un 3.5% cuando llegó a tener un 16% en los años setentas, y sigue bajando. El mundo del trabajo ha sido impactado por el fenómeno de la flexibilización laboral, de la privatización, la informalidad del trabajo, que en este país es muy común. El otro elemento es la violencia contra el sindicalismo. En el libro “La violencia contra el sindicalismo”, publicado por nosotros, encontramos que des-

de los últimos años de Uribe hasta ahora, la violencia letal (asesinatos, masacre, atentados) ha disminuido, pero, en contraste, otras formas más “sutiles” de violencia como las amenazas, el desplazamiento, el chantaje han aumentado o se mantienen peligrosamente altas.

Ahora bien, hay que reconocer que si bien esta forma de organización social típica de los trabajadores se ha debilitado y está en crisis, paralelamente hay un renacer de reivindicaciones de asuntos laborales como ya lo comentaba antes, particularmente en el sector minero-energético: las huelgas de El Cerrejón, de la Drummond, de Cerro Matoso y paros de mineros que, aunque menos estructurados, son movimientos muy fuertes. En todo caso, esto lleva a pensar en una clase obrera muy distinta de la que imaginábamos en los años sesentas y setentas, en la que sólo se concebía un proletariado industrial. Ahora hay que tener en cuenta a los trabajadores públicos quienes tienen un gran protagonismo: empleados del sector servicios, un enorme grupo de empleados de cuello blanco. Los maestros somos ahora “nuevos proletarios”; de hecho, sabemos que FECODE, que es la federación más fuerte de la CUT y del sindicalismo colombiano, maneja más recursos que la misma Central.

Pero con todo y esta crisis de las formas “autoritarias” o centralistas de organización, se debe reconocer que en el momento de la verdad, para convocar una movilización masiva, si no aparecen las centrales es muy difícil tener éxito. De hecho, en las grandes movilizaciones ellas han estado convocando, así muchas veces ni se asomen, pero siguen siendo unos actores de proyección nacional, que es el punto en el que a veces flaquean las organizaciones horizontales, más democráticas y más participativas,



pues no tienen una proyección nacional e internacional, que sí tienen este tipo de organizaciones centralizadas.

(L.P.): Presiento un cierto pesimismo en sus palabras en relación con los sindicatos...

(M.A.): Mire, si bien desde los años ochenta hubo un relevo generacional y entran a los sindicatos dirigentes más capacitados, personas que habían ido a la universidad, no digo que tengan Ph.D., pero sí gente que se había cualificado mucho, gente joven que tenía otras perspectivas. Pero no sé qué pasó, no se renovaron sus prácticas, las cuotas burocráticas se mantienen, los dirigentes desconectados de las bases, viajando a Ginebra a la OIT a cada rato. Creo que debe pensarse urgentemente un nuevo enfoque o lo poco que queda puede desaparecer.

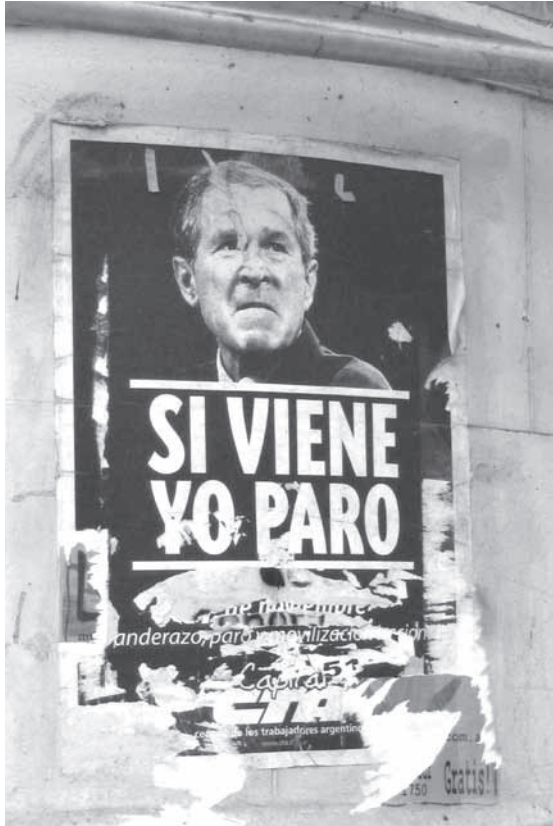
(L.P.): Me gustaría saber su opinión con respecto al papel de los medios de comunicación, pero más que los medios como tal, el papel de las nuevas redes de información en la protesta social de este siglo. Parece que han sido determinantes para vincular o por lo menos para llamar la atención de una parte de la sociedad que nunca se enteraba de las razones de la protesta, ni tampoco de la forma como se desarrollaba la protesta misma. Por ejemplo, una imagen de un policía del ESMAD golpeando a un campesino generó y levantó la solidaridad de una cantidad de personas que antes no se daban por enteradas ¿Cuál es el verdadero influjo de esas nuevas tecnologías? ¿Son realmente tan poderosas que podría cambiar la balanza a favor de los movimientos sociales, quienes con frecuencia renegaban de la mala prensa o de una información fragmentaria o no veraz?

(M.A.): Acabamos de leer, con la gente que conformamos el equipo de movimientos sociales de CINEP, un libro de Manuel Castells que se llama *Redes de indignación y esperanza*, que toca ese tema. Él es un poquito más fanático que yo con respecto a esas herramientas, las valora más de lo que a mí me seducen. Creo que la fórmula clásica, los medios solos, y en este caso las nuevas tecnologías, por sí solas no pueden hacer una movilización. Apostarle todo a la tecnología es un grave error pero negarse totalmente a ella también es un error. En últimas, y Castells lo dice, hay que articular la capacidad de convocatoria con la capacidad de comunicar; ahí puede estar la diferencia, pues los medios de comunicación de hace unos años no eran tan efectivos, ahora es más rápido, simultáneo y global.

Sin duda eso se vio con las protestas en Tunja, las fotos y los videos se subían a la red y no había necesidad de esperar dos o tres días a que llegará el comunicado o la fotografía de un periódico. Pero insisto, incluso Castells dice que eso solo no basta. Son herramientas que ayudan a convocar pero, a mi modo de ver, no creo que estemos frente a un nuevo repertorio de la protesta radicalmente distinto y promovido por las nuevas tecnologías. Yo creo que se ha potenciado el elemento comunicador, y por supuesto que enriquece, pero no lo es todo.

Si no hay unas condiciones básicas y objetivas en las cuales la gente sienta que pueda apropiarse y empoderarse, por más tecnología que haya es difícil que esas personas se movilicen. El éxito de la MANE estuvo tanto en el objeto de sus reclamaciones, decir que la educación es un derecho —a propósito no creo que con el tema de la gratuidad les vaya a ir tan bien—, pero también en la forma cómo se comunicó, que fue verdaderamente impactante. En el caso de los paros agrarios,





© Merly Guanumen P.

la golpiza que le pegan al campesino enardece, al igual que esas frases de Santos –“El tal paro agrario no existe”–, pero creo que había una cosa más y es que la gente, de alguna manera, sentía que estos sectores rurales estaban muy mal, que ahí había una situación muy crítica y eso les hizo ganar tantos adeptos e incluso más de los que ganaban en el mundo virtual. Y es muy importante eso, porque el mundo mediático así como enardece también apacigua.

Un caso emblemático es el famoso 4 de febrero de 2008, con la marcha contra las FARC, que fue impresionante y fue convocada por Facebook. Yo creo que ahí hubo manipulación y casi que había una orden de salir a las calles por parte del gobierno y los sectores empresariales. Sin embargo, había un real sentimiento de indignación contra la

violencia en general y en algunos particularmente contra las FARC. De hecho, hubo gente que salió porque pensaba que marchaban en contra de todas las formas de violencia y no solamente la de las FARC. Al mes se convocó la marcha en contra del Paramilitarismo, fue menos nutrida, aunque más organizada. Pero casi que al año, no recuerdo bien, hubo una marcha convocada incluso por los mismos del 4 de febrero, a través de los mismos medios y salieron muy pocas personas. Había cambiado la correlación de poder, las percepciones eran distintas. Lo tecnológico es un medio, un medio muy poderoso, pero no es un fin; esos arranques de indignación que ocurren potencian las cosas pero también las pueden desinflar.

(L.P.): Finalmente quisiera preguntarle por la utilización que muchos grupos hicieron de la palabra dignidad para caracterizar estos movimientos de protesta. ¿Qué es lo que está ocurriendo para que la gente como primer elemento esté exigiendo dignidad antes que cualquier otra reivindicación?

(M.A.): En estos días leí una frase de Marx muy breve, que dice que el proletariado requiere tanto reconocimiento como pan, o algo así. Incluso creo que la frase es más dura, “el proletariado más que pan requiere o exige reconocimiento”. Esto no es que sea una preocupación absolutamente nueva. Dignidad también reclamaban en Wall Street y en Madrid, y cada uno de esos movimientos se inspiraba en distintos enfoques políticos, se relacionaban en algunas cosas pero también se diferenciaban en muchas. Esto para decir que no todo es igual, no creo que los paperos estuvieran pensando en el enfoque que tenían los movimientos de “indignados” europeos y norteamerica-



nos cuando designaban su movimiento con ese nombre; hay similitudes pero también grandes diferencias.

Si bien en Colombia quienes comenzaron a utilizar el término fueron los cafeteros, es importante entender que no es absolutamente nuevo. Por ejemplo los movimientos sociales de la modernidad se articulan precisamente en torno a esa noción de injusticia –que para mí es otra forma de denominar la dignidad.

Fíjese que en el mundo rural europeo del Siglo XVIII, los momentos de opulencia y de escasez estaban determinados por ciclos naturales que en cierto modo parecían impredecibles, se dependía de que lloviera, pero también de que no lloviera tanto. El tema, dice E. P. Thompson, por lo menos en la Inglaterra del siglo XVIII, es cuando algunos molineros o panaderos acumulaban la harina, el grano, para subir artificialmente los precios. En la Edad Media esas conductas eran castigadas o reguladas por el señor feudal, él era quien ejercía un tipo de justicia. Lo que hacían las multitudes en el siglo XVIII, era ejercer esa justicia pero ya sin el señor feudal, una noción del precio justo, de lo justo que tiene sus raíces morales, era un aspecto

fundamental en la presión que hacía la gente en ese periodo.

No digo que este modelo es el que fundamenta las protestas contemporáneas, pero sí hay un trasfondo común que yo encuentro allí y es que las carencias materiales son graves y, en últimas, muy definitivas, pues el dinero ayuda a tener condiciones de vida dignas. Pero, por otro lado, con mucha frecuencia la protesta, más que de la misma carencia material, brota de esas cuestiones del trato indigno, de autoridad injusta, de acaparamiento, de explotación, ese tipo de cosas que requieren una mediación más cultural. La gente usa su razón, sus sentimientos, sus valores, y los pone a prueba en las relaciones sociales y de poder. Esa es la lectura que me lleva a entender porqué históricamente el tema no es del todo sorprendente y porqué traigo a colación esa frase de Marx, que de alguna manera cae como anillo al dedo, pues muestra que en esta disputa, en este escenario de luchas por la sobrevivencia y por las condiciones materiales, las exigencias de reconocimiento y trato digno no son temas de poca monta como muchas veces se llegó a pensar en el pasado. Y ahí está el valor profundo de las “dignidades”.

